

DOCTOR JUSTO F. GONZALEZ

La Revista lamenta y deplora la muerte del prócer de la salubridad panamericana, Profesor de Higiene de Montevideo, doctor Justo F. González y hace llegar a la Facultad de Medicina de Uruguay, al cuerpo médico uruguayo y a la familia del finado, entre quienes está su hijo político el investigador de la Fiebre Amarilla, doctor J. H. Bauer, de universal renombre, la expresión de su profunda condolencia.

González del Uruguay, como Bejarano de Colombia, como Martínez Báez de Méjico, Paz Soldán del Perú, Susini de Argentina, Barros-Barreto del Brasil, Luis Gaitán de Guatemala, para citar algunos, son figuras que se destacan sobre el continente, porque han sido los centinelas de la salubridad de América. Bajo la presidencia del General Comming y con la carta magna de salubridad del hemisferio, que es el código sanitario panamericano, los próceres de la higiene del continente han sacado verdaderas las palabras de uno de los fundadores de Colombia: "que una sola sea la patria para todos los Americanos".

González fué campeón de la alimentación correcta del pueblo. En 1929 propuso al Consejo de la Oficina Sanitaria Panamericana: "Reconociendo la importancia de la alimentación apropiada para la nutrición del organismo humano: Recomiéndase a la Oficina Sanitaria Panamericana emprenda las gestiones que juzgue más acertadas a fin de fomentar el estudio de los hábitos y recursos dietéticos por los Gobiernos representados en la misma y para diseminar conocimientos relativos a la alimentación correcta en los respectivos países e insta a la Oficina a prestar ayuda en esta importante tarea".

Fruto de este voto son los Institutos y Centros que casi todos los países de América tienen magníficamente instalados para el estudio de la alimentación correcta del pueblo. En la X Conferencia Sanitaria Panamericana reunida en Bogotá, el doctor González rin-

dió un luminoso informe de labores de la Comisión Permanente de Alimentación, a la cual se debe los fecundos resultados en el Continente.

Rendimos homenaje a este gran ciudadano de América.

DOCTOR FRANCISCO SAMPER MADRID

Fué un eximio ciudadano que dedicó su vida, su inteligencia y su cuatiosa fortuna a practicar el bien en la forma más discreta, según el precepto bíblico.

Apenas habrá obra alguna de asistencia pública de Colombia que no tenga entre sus benefactores al doctor Samper-Madrid. Singularmente el Hospital de San Juan de Dios, la obra monumental de la Junta General de Beneficencia, donde se adiestran los estudiantes de la Facultad de Medicina, lo recuerda con agradecimiento.

La REVISTA DE LA FACULTAD consagra un homenaje a su memoria.

DOCTOR JAIME ROBLEDO

En un accidente automovilario murió en Manizales una de las más interesantes figuras de la juventud médica colombiana. Jaime Robledo se doctoró en Bogotá en 1927. Hijo del ilustre profesor de la Universidad de Antioquia doctor Emilio Robledo, reunía en su persona los atributos del artista, el humanista y el médico. Recordamos su brillante y certera actuación científica en las sesiones médicas de Cúcuta y la armoniosa disertación con que deleitó al auditorio que para escucharlo se reunió en los salones del Club, a petición de numerosas damas, sobre la evolución de las razas. Alguna vez escribió esta frase perdurable: "yo elegiría presidente de la república al ciudadano que garantizara leche para los niños de Colombia".

Registramos con honda pena esta pérdida en los cuadros de la medicina nacional y hacemos llegar al Profesor Robledo nuestra condolencia.

ACADEMICO FALLECIDO

A edad avanzada y lleno de merecimientos falleció en la capital el médico doctor Aristides Salgado miembro honorario de la Academia de Medicina y prestante figura nacional. Hacemos llegar nuestra voz de duelo a la familia Salgado y a la honorable Academia de Medicina.

“LA EXPOSICION DEL LIBRO INGLES”

Con profundo interés, esperábamos la apertura de la exposición, que bajo los auspicios del Consejo Británico, y con la dirección inmediata del Instituto Colombo-Británico, se habría de celebrar en los salones de la biblioteca nacional, durante el mes de junio. Se trataba de la “Exposición del Libro Inglés”. Una muestra más de fraternidad democrática, un saludo impreso, que a través del Atlántico nos enviaba el Imperio Británico. La impaciencia de la espera se encontró ampliamente satisfecha cuando tuvimos oportunidad de visitarla.

Macmillan, Blackwell, Milford, Bailliere, y otros tantos decanos de las editoriales insulares, nos ofrecían, en lujosas ediciones, en preciosos volúmenes, toda una historia gráfica de la evolución cultural inglesa, una compilación de las adquisiciones que en el curso de siglos ha hecho el hombre. Hume, Russell, Joseph, en la sección de filosofía; Duff Cooper, Perkins, Kirkpatrick, en la de historia; Palmer, Smith, Bigger, en la de Biología; Darwin en la de Zoología; y cientos de autores más, representados en las siete secciones que formaban la exposición.

El grupo de literatura inglesa tiene una extensión considerable. Presidido por las obras de Shakespeare en diferentes formatos, desde las escolares hasta las ediciones universitarias, y junto a ésto, Defoe, Goldsmith, Coleridge, Swift, con la élite de los novelistas, cuentistas y poetas británicos.

Con especial cuidado y debido a la dirección económica que está recobrando el mundo, y en especial nuestro país, insistimos en el renglón agropecuario. Se encuentran allí tratados con profunda agudeza científica los problemas característicos de la agricultura tropical, el estudio técnico de la tierra, del algodón, del plátano, de las patatas; la industria lechera, la ciencia veterinaria, con un estudio detallado sobre la crianza del ganado vacuno y lanar. Una completa biblioteca de ciencias médicas, cuyas obras entrañan, no sólo los fundamentos clásicos de la profesión hipocrática, sino las modernas adquisiciones que día a día van modificándolos. Pudimos hojear, entre otras, las obras de Camerón, Priestly, Keith, Miller, Stephenson, Hutchison, Manson, Whitby, sabios eminentes en las especialidades de fisiología, embriología, patología, bacteriología, medicina interna, medicina tropical, y enfermedades de la sangre respectivamente. Ojeamos trabajos de Poyton y Schlesinger sobre reumatismo, en edición reciente; los estudios sobre las osteo-artritis tuberculosas de Girdlestone; las conclusiones de Joll sobre las dis-

tiroidias; y un hermoso libro de Kirk sobre salubridad pública en los trópicos.

Salimos de la exposición satisfechos y con el convencimiento pleno de que los esfuerzos que el Consejo Británico realizó para traernos el fruto espiritual de Inglaterra no serán baldíos sino que conseguirán en Colombia nutrido conjunto de prosélitos, que han de completar su formación intelectual en las fuentes vivas de cultura que brotan de la gran democracia europea.

H. Soto